

**Jesús Berrocal-Rangel**

*Memorias de un filibustero*

# ***El Desafío***

## PRÓLOGO

*El viaje es la meta.*

**Michael Frayn**

**A**

*caso porque nunca fui demasiado hablador y quizá porque he conseguido llegar a una edad que jamás pensé, debo iniciar estos escritos. Ahora que sólo quedo yo como inútil vestigio de la última época en la que un hombre podía sentirse libre, de aquellos tiempos en que orgullosos clíperes cruzaban el Caribe y el Pacífico, cuando miles de islas eran aún terra incognita y las potencias europeas colonizaban medio mundo, siento la necesidad de contar parte de mi vida...”*

Así empezaba el relato una vida cargada de viajes, aventuras y hechos considerados impíos por la sociedad occidental. Leer aquellas primeras líneas de las memorias de Zúñiga me había costado tres años, tres años y miles de kilómetros recorridos. Un largo viaje que parecía haber concluido en Nueva York: el único lugar del mundo en el que uno puede encontrar cualquier cosa.

Probablemente nadie había vuelto a leer el libro desde que el propio Zúñiga terminara de escribirlo, antes de su misteriosa desaparición, en 1939, y ya hacía sesenta años de eso. Al tenerlo en mis manos me invadió una extraña sensación de respeto: supongo que era por el hecho de compartir el secreto de toda una vida con un fantasma. Pero el respeto no me iba a impedir conocer, por fin, a aquel marino de finales del siglo XIX de quien escuché hablar por vez primera en una taberna de La Habana.

Pasé las siguientes horas leyendo la clara caligrafía del capitán y observando con lupa las viejas fotografías, hasta que el cansancio me venció.

Tuve un insólito sueño. Insólito porque aún hoy soy incapaz de discernir si ocurrió de verdad o –como parece más lógico- fue una ilusión provocada por la agitación del día. ¿Hablé con Zúñiga aquella noche? Si creyera en algún dios, juraría que durante horas mantuvimos una conversación fluida de la que guardo claros recuerdos: charlamos sobre las enigmáticas brumas de Venecia y Whitechapel, sobre yorubas y viejas religiones gestadas en Dahomey...

También recuerdo una frase que pronunció antes de despedirse: “*Vivimos igual que soñamos: solos*”. Y algo más vagamente queda en mi memoria una botella de coñac *Hennessy* que compartimos. Botella que, por cierto, encontré vacía cuando desperté preso de la más terrible resaca. Había dormido unas veinte horas seguidas.

A veces observo el viejo manuscrito y no puedo evitar pensar que, de alguna manera, las casualidades que me permitieron adquirirlo no fueron tales. Quizá, después de todo, haya un destino escrito y el de Zúñiga y el mío propio debían encontrarse a través de tantos años y viajes. O quizá el mismo capitán, desde el Infierno en el que seguro se encuentra, fue quien propició que ahora entre los dos podamos ofrecerte este libro.

Pero comencemos por el principio.